



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV DECANO DE LA PRENSA LOCAL N.º 10160

**PRECIOS DE SUSCRIPCION:**  
En la Península.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La responsabilidad es de la Administración

**REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24**  
LUNES 16 DE SEPTIEMBRE DE 1895

**CONDICIONES:**  
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de banco.—corresponsales en París, A. Loreta, rue Casimiro, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## Recolección

Presas para vidios, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para tragostegos.—Azufradores, extinguidores y demás aparatos necesarios al finicultor.—Desgranadores de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Pafos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagnetas.

**INSTALACION DE RIEGOS**  
C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellón, 12

## COOPERACION INEDITA

### Así se veranea.

Doña Homobona, señora de la vida, con un bigote regular, y que según dice es viuda de un alto empleado, ó mejor dicho, de un empleado alto de consumos, tiene dos niñas que ya pasan de los veinte años, más adelantadas que la madre y que se llaman Hortensia y Herminia, respectivamente. Las dos con un paseo a que estaban acostumbradas a diario y donde eran señaladas por la familia de las tres hachas, por ser la inicial del nombre de las tres, la letra indicada.

Nadie advertía el procedimiento de que se servía aquella trinidad amable para atender a sus parenterías necesidades; las lenguas mugeriles del barrio, decían, que nosían para fuera de la casa, que eran modestas, que vivían de las rentas, que tenían herencias de sus antepasados y otras mil cosas que la murmuración a su manera inventa. Lo cierto es que sus trajes variaban con alguna frecuencia, que sus adornos iban en aumento, y que lo único en ellas constante, sobre todo en la mamá, era el afán de figurar, el de aprovecharse de todo, pidiendo a los periódicos y asistiendo a alguno de los contertulios para habilitar de aparatos, de imaginarios trajes, y de ocultas riquezas que parecían por el relieve que D.ª Homobona les daba, cosas palpables, cosas ciertas.

Perseguida D.ª Homobona, lo que era natural a sus años, esta es, realizar la boda de sus niñas, para hacer la felicidad de dos yernos que encontraran a mano, y por eso las exhibía constantemente en las tertulias y ensalzándose al propio tiempo, para manifestar, claro está, la finura en la educación de aquellos pedazos de sus entrañas.

Pasó algún tiempo, y supe que D.ª Homobona, veía una proporción ventajosa para una de sus niñas en un modesto joven, ayudante de escribiente de un notario de la ciudad.

D. Pepito Gómez, que así se llamaba el joven, vivía en una casa de huéspedes de la calle de Chinchilla, en la cual pagaba seis reales con principio de mes. La remuneración no podía ser más económica, pero en cambio tenía que soportar la compañía de la camarera ocupada casi exclusivamente por un ejército formidable de nocturnos vividores, con los cuales había que transigir necesariamente.

De carácter reservado al que tiene poco dinero, de una sobriedad algún tanto exagerada, á que le obligaba la higiene y sus no sobrados recursos, contó sin embargo á D.ª Homobona la situación especial en que se hallaba, ocultando desde luego su carencia de dinero. Por tal franqueza vió D.ª Homobona en aquel desgraciado un santo y empezó aconsejando á sus hijas lo que en estos casos acostumbran á aconsejar las mamás, tratando al mismo tiempo al muchacho con amabilidad excesiva, para cumplir el adagio: Más se caza con miel... le aconsejó sobre asuntos diversos, le recomendó el trabajo para aumentar sus ingresos, le sacó de algún que otro apurillo... sin olvidarse á la vez de dirigirle al punto que ella perseguía, deslizándose en su oído como música deliciosa las soñadas magnificencias que por costumbre contaba á todo el mundo, y lo ensalzaba la tranquilidad provechosa y alegre del matrimonio, con una mujer que lo adorase, que tuviera un capital que aportar y sobre todo una madre carilosa, que las aconsejara, que lo quisiera y que siempre á su lado les quitara las penas y sobreleva sus dolores.

Tanto interés, los continuos consejos y un plan de batalla con todos los puntos estratégicos tomados, no podía tener otra solución que una victoria. D.ª Homobona la tuvo, su hija mayor Hortensia acababa de recibir una carta del muchacho. La contestación afirmativa no se hizo esperar, y Hortensia y D.ª Homobona lo recibieron con alegría; le trataron con más confianza; hasta tal punto que le llamaron desde aquel día Pepín. La única que sufrió un poco fué Herminia, que decía para sí, que bien podía haberse declarado á ella; pero se guardó bien de decirlo fuerte, porque no lo hubiese consentido su mamá y tal vez hubiera tenido que sentir. La causa de ser la mayor la agraciada fué solo el interés. Pepín creyó que tenía primogenitura, y no era despreciable cualquier cantidad en la época por que él atravesaba.

Formalizadas las relaciones de Hortensia con Pepín, llegó el verano, y D.ª Homobona corrió la voz de que se marchaba á veranear á San Sebastián, y entonces Pepín se apresuró á decirles que por el momento no las podía acompañar, por su mucho trabajo; pero que tal vez más tarde pudiese ir con ellas. Llegó el día de marcha y Pepín se despidió de ellas en la casa, porque ni podía dejar la oficina, ni D.ª Homobona se lo permitía; pero pudo más el amor que la oficina, y á la hora que se iba el tran estubo Pepín en la estación vagando inútilmente, sin verlas ni saber si se habían ido. Marchóse en su camión y le digeron que ya se habían marchado con equipaje y todo.

Algo sufrió al ver que además de faltar en la oficina, no las había podido despedir; pero se consoló con la idea de reunirse á ellas en plazo corto.

Como Hortensia le había dejado el encargo de dirigir las cartas, para mayor seguridad, á una amiga

suya de S. Sebastián, inmediatamente le escribió lo ocurrido y á los pocos días, viéndole la contestación no llegaba, pensó en marcharse en su busca. Al notario le pidió permiso para tomar aguas y reponerse, y el notario le negó el permiso, añadiendo que si le dejaba un solo instante no le volvería á admitir en su casa. Después de esta contrariedad, se dirigió á casa de un prestamista, que le hizo firmar un pagaré para unos pocos días con un interés de 60 por 100.

Triste, con la despedida del notario y el pagaré en el bolsillo, se declaró con una cesantía y una deuda terrible, tomó el tren para San Sebastián; el viaje le pareció muy largo, tanto que antes de parar el tren al llegar á San Sebastián de un salto se puso en el andén.

Enseguida fué á la casa donde dirigía sus cartas y oyó de labios de la Señorita á quién él escribía, lo siguiente:

—Conoció en Madrid á la familia que V. busca, y como trabajaban de modistas, me hicieron varios trajes; desde entonces tenía algunas veces noticias de ellas. Este año me escribieron diciéndome que tuviese la bondad de recibir sus cartas y remitirselas, y hasta hoy lo he hecho.

—Pero, señorita, tenga V. la bondad de decirme dónde viven...

—Pues, están en San Sebastián...

—¿En qué calle?

—En San Sebastián... de los Reyes.

Pepín cayó desplomado; era un cadáver.

Abelardo Bartolomé y del Cerro.

## Microscópicas.

### IMPREVISION?

Pueda que lo sea. Y puede también que sólo sea imputable á los partidarios de las economías á toda costa.

A eso, á la fiebre de economías irreflexivas, que dejaron desamparada la Isla de Cuba, es debida la insurrección cubana que está por ocurrir.

A esas economías, mal entendidas y peor hechas, es debido tal vez el desastre de Joló.

Se han sublevado allí unos destacamentos de soldados indígenas y han muerto al jefe; á traición se ha derramado sangre española.

El hecho es grave y será castigado. Ya se apresura á ello el Capitán general de Filipinas, pero ha debido prevenirse para que no ocurriera.

Si el comandante militar de Tataan, que ha sido asesinado, hubiera tenido unos cuantos soldados españoles, no lo lloraría su familia, ni se hubiera afigido la patria al conocer su suerte juntamente con el suceso de la traición.

No hace mucho tiempo publicó El Eco una correspondencia en la que se hablaba de temores de insubordinación por parte de los indígenas filipinos al servicio de España.

Los temores han comenzado á cumplirse. No se sublevan en la Isla de Luzón, pero se sublevan en Joló. ¿Por qué? Porque es imposible que un hombre solo pueda dominar, aunque se convierta en héroe, la rebeldía de los soldados que manda.

¿Estaremos condenados á desgracia perpetua? Parece que sí, porque cuando la península permaneció tranquila y se apa-

gan en ella los violentos revolucionarios, surgen inopinadamente en las colonias. Inopinadamente para los que tienen el deber de que no los cojan desapercebidos, los acontecimientos.

Para los demás estaba previsto lo que ocurre.

RAH.

## Desde Cuba

Los periódicos venidos por el último correo de Cuba, llegado ayer, nos traen detalles de los combates librados en el campo de la insurrección durante el pasado mes.

Uno de los más brillantes es el llevado á cabo en el potrero Sta. Clara, por el teniente coronel Palanca, contra Serafín Sánchez y otros cabecillas.

Salió el teniente coronel Palanca con 112 individuos del batallón de Zamora, 250 de Extremadura y 78 de los Voluntarios de Canarias el día 8, y como á las cuatro de la tarde encontró en Viacajas una partida insurrecta de 40 hombres á la cual batió y dispersó cogiendo 3 caballos y una escarpela de oro, yendo á dormir á Quemado Nuevo.

Salió de allí el 9 hacia Nueva, pasó por «Las Bitinas», potrero cercano á Sancti Spiritus, de D. Marcos García, y no pudo pasar el río Zaza que había crecido demasiado. El 10 acampó en Guayos y ya el 12, después de vadear el río por San Ambrosio, se unió á la columna del coronel Santander que tenía 300 hombres, buscando á Serafín Sánchez y su pandilla.

En la exploración se encontró el rastro del enemigo, hallándolo poco después acampado en número de 2000 hombres, en terrenos del potrero «Santa Clara» y al mando de los cabecillas Serafín Sánchez, Castillo y Legón.

Los exploradores del teniente coronel Palanca, sorprendieron un grupo de insurgentes en que iba Serafín Sánchez y su ayudante, el titulado capitán de estado mayor Indalecio Molas, y rompiendo fuego sobre el grupo, logrando dar muerte al titulado capitán Molas.

Seguidamente la fuerza de Palanca fue atacada por la caballería insurrecta. El combate fue reñidísimo y duró cuatro horas. La tropa rechazaba siempre con valentía y arrojo el empuje del enemigo, que tres veces trató de echarle encima la caballería.

El fuego del enemigo era granadero; por nuestra parte se usaban las descargas cerradas de la infantería.

Como á las doce del día empezó el enemigo á batirse en retirada, teniendo siempre unos 400 insurrectos para proteger la fuga de la partida.

A las dos de la tarde terminó la acción, calculándose las bajas de los insurrectos en 60 muertos; para cada vez que se les hacía una descarga se veían caer algunos ginetes que eran retirados. En dicho sitio dejaron más de veinte caballos muertos.

Las bajas de las columnas de los señores Santander y Palanca, fueron 4 heridos graves y un contuso. Además fueron muertos ocho caballos del Segundo Escuadrón de Movilizados y tres heridos. Entre los caballos muertos se cuentan el que montaba el teniente coronel Palanca.

El cabecilla Molas fué muerto por un proyectil que le atravesó el corazón.

Los soldados del batallón de Zamora, cañabos gallegos, estuvieron tirando al enemigo y cantando á la vez los «mañetas» más de media hora.

### Otro combate.

Fue muy brillante el ataque al enemigo en Manzantán, cercano á Rojas, en medio. Salieron tres columnas de Remedios mandadas por el Comandante Militar señor Oliver, el teniente Sr. Pérez Labor y el teniente coronel de la

Guardia Civil señor Ferragón el día 15, después de las tres de la tarde, y el 16 por la mañana, á poco de salir de Rojas, 8 kilómetros de Remedios, hallaron al enemigo en un rancho con gran manigua, dejando pasar la vanguardia, que la componía la caballería, y atacando con unido fuego á la infantería por el flanco derecho.

Inmediatamente 15 hombres de Pizarro, al mando del primer teniente don Rafael Pérez Herrero, una sección del escuadrón movilizado de Camajuaní mandada por el primer teniente don Antonio Ruiz y Ruiz y 22 guardias civiles al mando del primer teniente don Mateo Balmonte, rompiendo las cercas de alambrado, penetraron en el potrero del Tajar de Rojas, á cortar la retirada al enemigo, el cual abandonó sus posiciones, aunque haciendo fuego bajo el machete de la caballería, que le castigaba sin cesar, corriendo á la defensiva hasta el monte «Manzanillas» antes de salir de allí.

Después de pasado el Rio Largo, dispuso el jefe de la columna, Sr. Oliver, que ésta se dividiera en dos: una mandada por el comandante de la caballería y una sección de infantería, y el resto de la fuerza al mando del Sr. Ferragón y del comandante D. Rogelio Añón.

La segunda columna, que era el «Seborcal», en los campamentos; enemigos, hostigándolos sin cesar, hasta hacerlos salir de allí, y en la otra columna, que era el «Mazantán», se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al

señor Ferragón que se retirara y se acercó al enemigo á lanzar el fuego sobre la otra columna, en apoyo del señor Oliver, que había llegado á la casa ó rancho de «Monteagudo», y al salir al enemigo por la loma «Mazantán», ordenó un nutrido fuego; pero en vista de la posición de la otra fuerza, ordenó al